

Anuario de Estudios Urbanos
No. 1, 1994.

**EL CARACTER
VERNACULO
ANCESTRAL Y
COTIDIANO
DE TLACOTALPAN**

Carlos Lira

Universidad Autónoma Metropolitana - Azcapotzalco
Departamento de Evaluación del Diseño en el Tiempo

Si bien el calificativo "vernáculo" proviene del latín *vernaculum*, de verna, indígena, la mayoría de los diccionarios dicen de él: "Propio del país de que se trata". Por su parte, Martín Alonso lo define como: "Doméstico, nativo, de nuestra casa o país".⁽¹⁾ "Indígena", por su parte, proviene del latín *indigenam* de *inde*, allí, y *genitum*, engendrado, es decir originario del país o pueblo de que se trata. Este adjetivo, aplicado a la arquitectura, define a aquellas obras que poseen ciertas características formales, técnico-construtivas, espaciales, etc. que son peculiares y que pueden repetirse de una región a otra o de un pueblo a otro, más o menos sin variantes, por lo que adquieren un carácter un tanto universal. Pero también la arquitectura vernácula es aquella que, al presentar soluciones espaciales, formales, técnico-construtivas, etc. exclusivas y originales, diferencia y caracteriza a determinados países, regiones o pueblos, y les da un sello propio y por tanto un carácter de individualidad y unicidad. Es decir que consideramos como "originales" no sólo a las soluciones que "nacieron" en el lugar, sino también a aquellas otras que, al ser trasladadas de alguna región semejante, son asimiladas y transformadas generando nuevas soluciones "engendradas" en el lugar, a partir de ideas externas a él.

Aunque es frecuente que el término "vernáculo" se utilice indistintamente para referirse también a la arquitectura tradicional, campesina o rural, se han hecho intentos por establecer una serie de condiciones que permitan reconocer en qué momento una obra arquitectónica puede ser incluida o no dentro del ámbito de lo vernáculo. Aunque la mayoría de estos parámetros han sido sólo esbozados por algunos autores que se ocupan del tema, José

(1) Alonso, Martín, Enciclopedia del idioma, p. 4154.

Angel Campos en su artículo "La arquitectura vernácula en México"⁽²⁾ establece tres fundamentales con los que alcanza una mayor claridad en el concepto: la naturaleza, lo humano y lo social. Con todos estos elementos y algunas reflexiones adicionales, podemos proponer los siguientes parámetros para precisar la noción de arquitectura vernácula en un caso concreto.

LA NATURALEZA

La arquitectura vernácula es fundamentalmente una respuesta a las condiciones impuestas por la naturaleza y sus fenómenos; el constructor, por un ancestral contacto con ésta, busca solucionar su vivienda de manera lógica, al poner en práctica los conocimientos que ha adquirido en su estrecho y cotidiano contacto con los fenómenos naturales y sin la exclusión de **LO ECONOMICO**, que lo lleva necesariamente a aprovechar los recursos que existen en su región. Así, esta arquitectura resulta congruente y armónica con su entorno ecológico. Por esta razón, muchas de sus soluciones perviven a través del tiempo y se repiten aún en regiones muy apartadas y desconocidas entre sí. A pesar de los dramáticos cambios que ha sufrido la ecología en las últimas décadas, muchas de aquellas soluciones basadas en la acción de los fenómenos naturales siguen siendo insuperables y por eso se repiten en el tiempo y en el espacio, aunque con ciertas características regionales. La utilización del adobe por sus beneficios térmicos; de los aleros para protección de la lluvia o del asoleamiento excesivo; la inclinación de las techumbres en zonas altamente lluviosas o de frecuentes nevadas; el desplazamiento de las viviendas sobre plataformas, en terrenos anegables y húmedos, etc., son sólo algunos ejemplos que ilustran este aspecto.

(2) Campos, José Angel, "La arquitectura vernácula en México", en *Cuadernos de Arquitectura virreinal*, n° 4, p. 26-33. Tanto Francisco López Morales en su *Arquitectura vernácula*, como Norbert Schoenauer en su 6000 años de Habitat. *De los poblados primitivos a la vivienda urbana en las culturas de oriente y occidente*, no precisan una definición para la arquitectura vernácula.

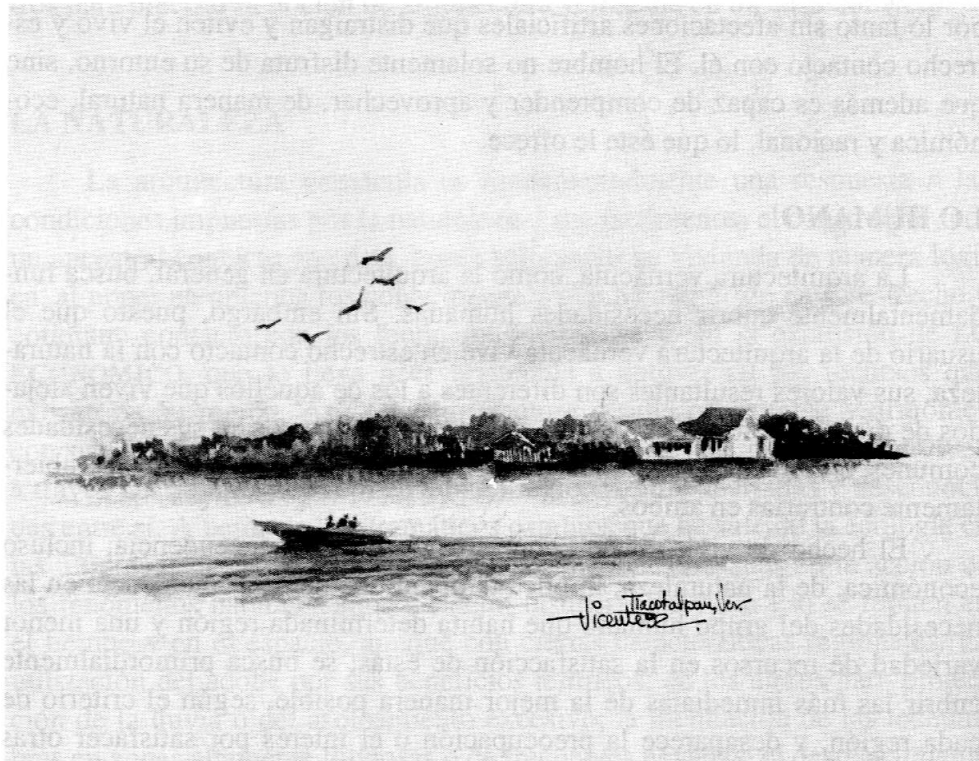
Podemos decir que en la arquitectura vernácula se considera al paisaje como un todo al cual la arquitectura misma pertenece, es decir ni siquiera se cuestiona la integración de ésta a aquel, ya que ambos son una sola cosa, inseparables e inconcebibles como entes apartados e individuales; de esta forma, el paisaje resultante es un paisaje sencillo, fácil de captar y entender, y por lo tanto sin afectaciones artificiales que distraigan y eviten el vivo y estrecho contacto con él. El hombre no solamente disfruta de su entorno, sino que además es capaz de comprender y aprovechar, de manera natural, económica y racional, lo que éste le ofrece.

LO HUMANO

La arquitectura vernácula, como la arquitectura en general, busca fundamentalmente cubrir necesidades humanas. Sin embargo, puesto que el usuario de la arquitectura vernácula vive en estrecho contacto con la naturaleza, sus valores resultantes son diferentes a los de aquellos que viven alejados de dicha relación. Esto origina matices muy diversos en sus necesidades comunes, e inclusive en algunos casos, hasta necesidades diferentes y abiertamente contrarias en ambos.

El hecho de vivir más en contacto y en mayor dependencia, incluso económica, de la naturaleza, implica también una cierta coincidencia en las necesidades del grupo humano que habita determinada región y una menor variedad de recursos en la satisfacción de éstas; se busca primordialmente cubrir las más inmediatas de la mejor manera posible, según el criterio de cada región, y desaparece la preocupación o el interés por satisfacer otras que no se manifiesten como elementales y cotidianas. De esta manera, en la solución arquitectónica elaborada "cada parte y el todo es producto de una clara demanda"⁽³⁾ por lo que cada espacio resulta perfectamente funcional y se encuentra solucionado en estrecha relación con los otros que constituyen la vivienda.

(3) Campos, José Angel, *Op. Cit.*, p. 29.



LO SOCIAL

Si como dijimos anteriormente, hay un conjunto de necesidades comunes y poco diferenciadas en un grupo humano y éste a su vez comparte un conjunto de valores semejantes, veremos que las soluciones formales, espaciales, técnico-constructivas, etc. que se den a la arquitectura, tenderán también a ser semejantes. Así, cada ser humano, se identifica con su vecino y trasciende al ámbito de lo colectivo, de ser único a formar parte de un grupo, de una colectividad que se diferencia de otros grupos, que lo dota de identidad y que además, le otorga la posibilidad de poseer espacios íntimos y comunes, perfectamente personalizados. Por esto, "en la arquitectura vernácula cada producto es tanto de los individuos como de la comunidad",⁽⁴⁾ de ahí que brinde un carácter solidario y amable a toda la población que recorre sus espacios, en la medida que busca resolver necesidades comunes.

Por todos los aspectos mencionados antes, resulta igualmente importante la inclusión de las costumbres o de **LA TRADICION** y de **LA DIFERENCIACION REGIONAL**, dentro de los parámetros que circunscriben a la arquitectura vernácula, ya que éstas serán las que nos indiquen y expliquen la permanencia de ciertos esquemas a través del tiempo, o sus posibles cambios debidos al paso de la historia.

Sin ellas, difícilmente podremos reconocer cuáles de las características arquitectónicas actuales son "originales" (siguiendo la definición que hemos tomado para "indígena" -*indigenam* de *inde*, allí, y *genitum*, engendrado-) y por lo tanto careceremos de bases suficientes para aplicar el calificativo de "vernáculo" a un modelo arquitectónico específico, en este caso a la arquitectura de Tlacotalpan.

(4) Ibidem., p. 30.

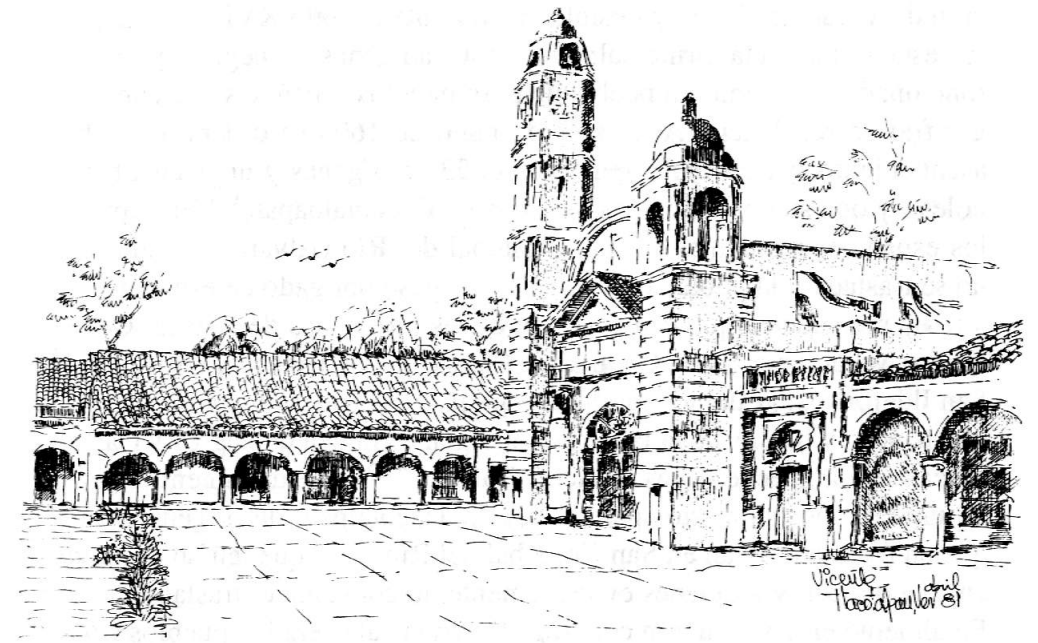
LA TRADICION

Esta ha sido definida como la transmisión, hecha de generación en generación, de costumbres y conocimientos muy variados: leyes, hechos históricos, doctrinas, composiciones literarias, etc. Hay que aclarar, sin embargo, que para que podamos considerar una actividad cualquiera como "tradición", es necesario que exista en la gente que la vive, la conciencia de su importancia y la voluntad de conservarla. Si como vimos al principio, una parte de la arquitectura vernácula es resultado de la experiencia acumulada por la observación de la naturaleza, la intervención de la tradición en su creación queda manifiesta. Pero también está presente la tradición en algunas soluciones formales de la arquitectura tlacotalpeña, en algunas de sus actividades productivas, y sobre todo en las formas de vida de su actual habitante que definen, en parte, la "diferenciación regional". Algunas de ellas explican hoy, no sólo el carácter vernáculo de su arquitectura, sino además una serie de características urbanas que complementan al concepto de lo vernáculo. Evidentemente, para acercarnos a LA TRADICION debemos recurrir invariablemente a LA HISTORIA.

LA HISTORIA

Tlacotalpan fue fundada en 1521, cuando Alonso Romero, soldado de Hernán Cortés, recibió en encomienda una pequeña isla cercana al margen izquierdo del Papaloapan junto con cinco pequeños asentamientos indígenas de los alrededores; pocos años después, Cortés fundó en Tlazintlán (hoy Lerdo), muy cerca de Tlacotalpan, el primer trapiche en Nueva España. La Alcaldía Mayor establecida hasta 1566, dependió directamente de Nueva España y tenía jurisdicción sobre Tuxtla, Coxcatlán e Ixcaplan, pertenecientes al Marquesado del Valle,⁽⁵⁾ lo que puede significar que había la intención de

(5) Aguirre Tinoco, Humberto, *Tlacotalpan, compilación histórica preliminar de una localidad típica*, p. 8.



hacer de Tlacotalpan un importante asentamiento. En lo religioso pertenecía a la Diócesis de Tlaxcala, encomendada a los franciscanos, por lo que resulta a primera vista curioso que el primer fraile evangelizador se haya presentado hasta 1570.⁽⁶⁾ Aunque poco se conoce de su desarrollo en el siglo XVI, se sabe que en 1544 llegó un grupo de negros a vivir al pueblo y a trabajar en el trapiche, y que en 1586 se establecieron los Hornos del Rey para la producción de cal y ladrillo, que sirvió fundamentalmente para la construcción de Veracruz. Es muy posible que durante el siglo XVI, Tlacotalpan haya estado habitada principalmente por indígenas y negros y que haya funcionado más como un pueblo de paso para los españoles que como un lugar fijo de residencia. Así, el 24 de junio de 1600 se ordenó despoblar el asentamiento -ya que solamente vivían 232 indígenas y unos cuantos españoles- y que su población pasara a habitar Cosamaloapan.⁽⁷⁾ En septiembre, los españoles residentes en San Cristóbal del Río (Alvarado), pidieron que no se trasladara la población ya que "... es paso obligado de españoles, pasajeros y mercaderes que van y vienen de las provincias de Puebla, Orizaba y Nuevo Veracruz a las de Chontalpa, Guasacualco, Tabasco, Usila, Teutila y San Ildefonso... [y debido también a que]... es surgidero y puerto más sonda-ble de naos y barcos de la Havana, Cartagena, Guinea de negros y Caracas, e barcas de Campeche, Guasacualco y Tabasco".⁽⁸⁾ Este documento fue firmado también por supuestos pobladores de Tlacotalpan, de origen peninsular, que en realidad vivían en San Cristóbal del Río, pero que tenían propiedades en Tlacotalpan y a quienes evidentemente no convenía el traslado del lugar. Finalmente en 1604 fueron congregados en la cabecera los pueblos sujetos a su jurisdicción desde 1521, asegurándose con esto que su escasa población no fuera llevada a Cosamaloapan.

El pueblo, como tantos otros de la época, estaba formado por un asen-

(6) Galicia Morales, Ildefonso, et. al., *Tlacotalpan, modelo para la reutilización de un centro histórico en desuso*, p. 14.

(7) Loc. Cit.

(8) Aguirre, Humberto *Op. Cit.*, p. 12.

tamiento español y por otro indígena. El primero se ubicaba sobre tierra firme y se comunicaba con el segundo, en una isla, por medio de un puente que cruzaba el arroyo de San Cristóbal y que partía del atrio de la ermita del Arcángel San Miguel. Como muchos otros asentamientos formados en la ribera de algún río (recordemos tan sólo a Lagos de Moreno en Jalisco), su plan lineal obligó a que sus calles principales fueran trazadas en forma paralela al río y tanto la plaza principal, rodeada por las casas consistoriales y la parroquia, se localizaron cercanas al río. Las calles principales se unían entre sí por callejones perpendiculares a éstas. La traza original que hemos descrito se ha mantenido hasta hoy con muy pocas variantes, y su crecimiento ha seguido la dirección lineal, marcada por la tradición y obligada evidentemente desde sus orígenes, por razones físico-geográficas.

Circunstancias muy particulares han caracterizado la historia de Tlacotalpan muchas se han repetido en diferentes épocas y algunas de ellas perviven en el presente convirtiéndose en rasgos muy locales. Todas ellas, de una u otra forma, han influido invariablemente en sus habitantes, en el desarrollo de su traza y en las tradiciones arquitectónicas. En cuanto a lo natural, por ejemplo, su situación geográfica la convirtió desde su fundación en punto estratégico del comercio fluvial entre el Istmo de Tehuantepec, la Chontalpa oaxaqueña, Tabasco, Chiapas y las poblaciones situadas a orillas del Papaloapan, con Alvarado, puerto de enlace con Veracruz, desde donde los productos pasaban al interior del territorio y de ahí a otros reinos del norte. Sin embargo, y debido a la visible superioridad estratégica del puerto de Alvarado, Tlacotalpan nunca dejó de ser sólo un lugar de paso, con una escasa población, un mínimo de peninsulares y una insignificante inversión en sus obras y edificios públicos, religiosos y privados. Esta situación pareció cambiar un poco hacia la segunda mitad del siglo XIX pero por diversas circunstancias tampoco llegó a modificarse.

Una más, también asociada a lo natural, y debida específicamente a su localización, ha sido el riesgo constante de inundaciones; en cada siglo hubo inundaciones, algunas de ellas devastadoras. De todas, la última en 1969, hi-

zo que Tlacotalpan fuera prácticamente abandonada, al igual que se hiciera en otras ocasiones por las mismas razones. Esta circunstancia originó que desde su fundación, la población tlacotalpense no se dedicara a la agricultura o al cultivo de árboles frutales, a pesar de poseer terrenos fertilísimos, ya que el peligro de las periódicas inundaciones amenazó siempre a los cultivos y nunca se contó con obras hidráulicas que pudieran controlarlas. Evidentemente, esto obligó a que Tlacotalpan se convirtiera en consumidora de productos naturales cultivados en otras poblaciones.⁽⁹⁾ Cuando en el siglo XIX, el general Antonio de Santa Anna, vendió al Municipio de Tlacotalpan la hacienda del Zapotal, heredada por su esposa, se intentó criar ganado caballar y vacuno; sin embargo, sin rutas terrestres y con la competencia de la zona de los Tuxtlas que ya tenía experiencia y prestigio en la cría, la tentativa fracasó.

La demografía y el tipo racial de sus pobladores han jugado también un importante papel en la vida de Tlacotalpan, siendo siempre escasa, flotante y con una mayoría indígena hasta finales del siglo XIX. En 1609 tenía tan sólo 12 vecinos españoles que seguramente fueron a vivir ahí ante la amenaza de la ya mencionada orden que se había dado para despoblar el lugar, y que no convenía a sus intereses. Hacia 1667 llegó a contar con 30 peninsulares, debido a que algunos habitantes de San Cristóbal del Río (Alvarado), temerosos de los continuos asaltos que sufrían allí en manos de los piratas que estaban establecidos en la Laguna de Términos, decidieron mudarse temporalmente a Tlacotalpan.

Para 1727 había cuando menos 62 familias de españoles habitando en el lugar que, desde 1699 había sido ya elevado a la categoría de "pueblo";⁽¹⁰⁾ en 1758 el número de familias se incrementó a 357 sin que conociéramos, por desgracia, su origen racial. Resulta singular que tanto el primer

registro eclesiástico (1698) como el primer civil (1763), hayan sido tan tardíos; esto nos hace suponer que eran pocas las familias que además de tener propiedades en el lugar, vivían en ella. La población creció en 1776 a 860 vecinos de los cuales 80 eran hispanos, 460 indios y 320 mulatos. Un gran crecimiento se registró en los siguientes treinta años y así, para 1806 alcanzó la cifra de 3006 habitantes. En una anónima *Descripción del pueblo de Tlacotalpan*,⁽¹¹⁾ escrita hacia 1813 se dice que el pueblo estaba habitado por más de 400 familias, 13 de "españoles europeos" y otras tantas "del país", 150 de indios y el resto "de las demás clases entre las que hay muy pocos morenos ú negros".

Lucien Biart, un viajero francés que recorrió la zona de Veracruz y que visitó Tlacotalpan hacia 1851, nos dice en su libro *La Tierra Caliente*⁽¹²⁾ que había de 3 000 a 4 000 habitantes que, según afirma José María Malpica, eran "... la mayoría indios";⁽¹³⁾ en 1909 el viajero italiano Adolfo Dollero calculó una población de 6 000 vecinos.⁽¹⁴⁾ Censos del presente siglo revelan la misma irregularidad y el escaso crecimiento que ha caracterizado siempre a la población de Tlacotalpan, así para 1950 contaba con 7 569 pobladores; en 1960 creció a 10 421; en 1968 alcanzó los 13 528; para 1972 tenía 7 700 habitantes y para 1980, 8 200. Resulta natural que un asentamiento con tales características demográficas, haya podido conservar, a pesar de "la modernidad" una serie de características urbanas y arquitectónicas que se han convertido ya en tradicionales y que lo diferencian aún de otras poblaciones de la región.

Fue siempre tan escasa la población y tan grandes y frecuentes las calamidades en Tlacotalpan (asaltos de piratas, incendios, inundaciones, ciclones y pestes) que pocas familias pudieron arraigarse y encontrar en ella un

(9) Biart, Lucien. *La Terre Chaude*, Apud. Humberto Aguirre Tinoco, *Tlacotalpan en el siglo XIX*, descripción y documentos históricos, p. 28.

(10) Malpica, José María. *Tlacotalpan 1842-1915*, p. 13.

(11) Galicia, Ildefonso. *Op. Cit.*, p. 14.

(12) "Descripción del pueblo de Tlacotalpan" en Humberto Aguirre, *Tlacotalpan en el siglo XIX*, descripción y documentos históricos, p. 3-8.

(13) Biart, Lucien. *Op. Cit.*, en Humberto Aguirre, *Tlacotalpan en el siglo XIX*, descripción y documentos históricos, p. 28.

(14) Dollero, Adolfo. *Apud.* Ildefonso Galicia, *Op. Cit.*, p. 16.

atractivo *modus vivendi* que les asegurara al mismo tiempo vivir en ella e invertir masivamente sus capitales. Por esto, un gran porcentaje de su población fue siempre flotante y residía en algún otra villa más o menos cercana en donde ubicaban además sus negocios más lucrativos. Hoy la historia se repite, y abundan las "casas de fin de semana" de familias residentes en otras ciudades, los jóvenes que acuden a estudiar a Tlacotalpan y que regresan a sus pueblos los fines de semana, y los trabajadores que abandonan la ciudad durante el día -debido a que sus fuentes de trabajo se localizan en otras poblaciones cercanas- y que regresan diariamente sólo a pernoctar.

Una característica local del estado de Veracruz es el poco apego que ha mostrado siempre a la religión, principalmente en la zona más próxima a la costa. Basta citar como ejemplo que durante el siglo XVI, siglo de expansión de las órdenes mendicantes, de evangelización y por tanto de fundación de numerosos conventos en la mayor parte del territorio conquistado, sólo se erigieron 3 en esta zona: Pánuco, que se abandonó a los pocos años de su fundación, Ylmatlán, y Huayacocotla.⁽¹⁵⁾ No deja de llamar la atención también, las pocas fundaciones hechas en el XVII y más aún los escasos conventos femeninos. Es muy posible que tal diferencia se deba en gran parte a las condiciones climáticas de esta región, que en el pasado siempre se vivieron con temor y disgusto. Las descripciones sobre "la insalubridad de sus abundantes zonas pantanosas, la proliferación de insectos de todo tipo, el agobiante calor y el extremo nivel de humedad" que abundan en diversas crónicas y relatos de habitantes y viajeros, nos revelan que estas características siempre se vieron como elementos negativos que impidieron un poblamiento más generalizado y estable no sólo de civiles sino aun de las comunidades religiosas que tomaron como tarea la evangelización, la educación, la organización y aun la salud de las comunidades. Algo tal vez más visible al respecto, es el número de templos. Si bien es común que exista por

lo menos un templo en cada población del estado de Veracruz, nunca encontraremos, incluso en importantes ciudades como Jalapa, Orizaba o Córdoba, la proliferación de construcciones religiosas que caracteriza a la mayoría de las ciudades y pueblos de nuestra República. Tlacotalpan no es la excepción y tiene solamente tres templos: la Parroquia, dedicada a la Virgen de Guadalupe; el templo de San Miguel, abierto al culto ocasionalmente; y el templo de la Candelaria. La historia de cada uno de ellos aporta una serie de datos sobre la localidad y sus habitantes en distintas épocas.

De los tres, el que preserva el culto más antiguo es el de San Miguel. La Parroquia original, hoy desaparecida, estaba dedicada a San Cristóbal, patrono del pueblo en el momento de su fundación. Tuvo un tercero en el siglo XVII, el de León Papa que se destruyó en un incendio, posiblemente en el acaecido en 1788, y del cual se ignoran hasta ahora otros datos. El culto más importante hoy es el de la Virgen de la Candelaria, convertida paulatinamente desde finales del XVIII en la patrona del lugar, y que desplazó totalmente la devoción a San Cristóbal.

PARROQUIA DE SAN CRISTOBAL

Es posible que su fundación sea del XVI ya que el pueblo fue llamado desde sus orígenes "San Cristóbal Tlacotalpan" y por lo tanto encomendado a este santo. Se sabe que la construcción existía todavía en 1779, que era de madera y palma, y que estaba ubicada sobre el costado oriente de la Plaza Mayor, frente al solar en el que se comenzaba a construir la Capilla de la Candelaria. Para 1813, según consta en la descripción anónima ya citada, se encontraba totalmente inutilizada. Un año antes, en 1812, se había iniciado la construcción del nuevo templo parroquial dedicado también a San Cristóbal en un predio ubicado al poniente de la Plaza Mayor, enfrente del que ocupaba la primera Parroquia; las obras se abandonaron años después cuando, al descimbrarse la bóveda, ésta se vino abajo.

(15) Vázquez Vázquez, Elena. *Distribución geográfica y organización de las órdenes religiosas en la Nueva España* (siglo XVI), p. 90-95.



En 1849 hubo de establecerse una Junta para reedificarla ya que se encontraba "...hecha ruinas hacía ya treinta años".⁽¹⁶⁾ El arquitecto Luis Zápari se encargó de esta etapa en la cual se aumentaron dos cuerpos a la torre izquierda y se colocó el reloj; sin embargo, en 1851, a escasos dos años de haberse iniciado su reconstrucción, el edificio en proceso tuvo que acondicionarse como teatro para así obtener fondos suficientes que permitieran terminarlo.⁽¹⁷⁾ No se sabe con precisión cuando dejó de funcionar como teatro pero al parecer fue hasta 1898 ya que el Teatro Nezahualcóyotl, comenzado en 1889, se inauguró en 1898 y la primera misa oficiada en la nueva Parroquia, posiblemente dedicada desde ese momento a la Virgen de Guadalupe, se efectuó al año siguiente en 1899.

TEMPLO DE SAN MIGUEL ARCANGEL

Aunque se desconoce la fecha de su construcción es seguro que debió existir desde el XVI como una pequeña ermita, ya que fue común la erección de por lo menos una pequeña construcción religiosa en cada asentamiento recién fundado, principalmente en aquellos en donde había "almas" que convertir. Esta se localizaba vecina al puente que cruzaba el arroyo de San Cristóbal y que comunicaba el barrio indígena con el asentamiento hispano. La construcción original fue demolida hacia 1794 con el propósito de sustituirla por una de materiales más duraderos. Ese mismo año se inició su reconstrucción dirigida por un ingeniero de apellido Valpanda. En la descripción anónima a la que nos hemos referido ya, se dice que "... su fábrica es de ladrillo, tiene su torre. Está techada de teja".⁽¹⁸⁾ Una ampliación es la última obra de importancia registrada posteriormente y se efectuó en 1886.

(16) Aguirre, Humberto. *Tlacotalpan, compilación histórica preliminar de una localidad típica*, p. 46.

(17) *Ibidem.*, p. 48.

(18) "Descripción del pueblo de Tlacotalpan" en Aguirre, Humberto. *Tlacotalpan en el siglo XIX, descripción y documentos históricos*, p. 6.



TEMPLO DE LA VIRGEN DE LA CANDELARIA

En 1776, Don Pedro de Ovando y Rivadeneyra, vecino de Tlacotalpan, donó al pueblo una imagen de Nuestra Señora de la Candelaria. En 1779 se inició la construcción de su capilla, hecha de mampostería, bajo la dirección del alarife Don Juan de Medina, abriéndose al culto en 1783. Para 1813 ésta "... sirve de Parroquia porque la que se tenía de paja y madera se ha inutilizado... [la capilla, tiene] ...su crucero, bóveda, media naranja, sacristía y torre".⁽¹⁹⁾

De todos los templos, tres parecen estar íntimamente ligados a ciertas características del lugar: el de San Cristóbal, la capilla de San Miguel y el desaparecido de León Papa. León I, santo a quien estuvo dedicado el templo, es uno de los Padres de la Iglesia que vivió en el siglo V de nuestra era. Calificado como "El Grande" o "El Magnífico", salvó a Roma y a sus habitantes de la destrucción y de la muerte cuando Atila y los hunos saquearon la ciudad. Por esta razón, en la Edad Media se acostumbró acudir a su protección en caso de ataque a las ciudades. No es difícil que debido a los frecuentes asaltos de piratas, principalmente durante los siglos XVI y XVII, los vecinos de Tlacotalpan hayan levantado un templo a su devoción para que les asegurara su defensa.

Por su parte, el culto al Arcángel San Miguel, advocación del templo del mismo nombre, fue frecuente durante el siglo XVI. Motolinia nos dice cómo los frailes, al ver los "grandes males" que azotaban al pueblo indígena después de la conquista militar, "... se encomendaron a la sacratísima Virgen María, norte y guía de los perdidos, y juntamente con esto tomaron por capitán y caudillo al glorioso San Miguel,...".⁽²⁰⁾ San Miguel fue pues, en una primera etapa, defensor de la evangelización. Posteriormente se cambió su imagen caballeresca y militar, por la de centinela de la Fe católica, procurán-

(19) Ibidem., p. 7.

(20) Motolinia, *Historia de los Indios de la Nueva España*, Cap. 2, Trat. I, en *Memoriales o Libro de las Cosas de la Nueva España y de los Naturales de ella*, pfo. (55), p. 31.

dose tener en cada pueblo indígena una ermita, una capilla o un templo levantado a su devoción, para que vigilara al indígena recién converso en el seguimiento de los preceptos evangélicos, y al mismo tiempo lo ayudara en la lucha que debía sostener contra la tentación de retornar al "mal de la herejía".

La más significativa de todas, a nuestra manera de ver, es la Parroquia en su advocación a San Cristóbal, martir del siglo III. Su nombre, Christophoros, significa "portador de Cristo" y alude a aquel pasaje de su biografía en el cual, con Jesús niño a cuestas, tuvo que cruzar un ancho y profundo río que, a medida que se internaban en él, crecía y se enfurecía al desatarse una fuerte tempestad. Tiempo después fue condenado a morir decapitado por negarse a renegar de Dios. Se dice que mientras era conducido al suplicio, oraba en voz alta pidiendo al Señor que concediera a todos aquellos que confiaran en él y que lo veían en su martirio, la salvación de las tormentas, del fuego y de los terremotos. Durante la Edad Media, debido al significado de su nombre, "portador de Cristo" se le atribuyó también la facultad de amparar e inmunizar contra la peste, y al mismo tiempo -y en asociación con esto y la leyenda de haber cruzado el río con Jesús a cuestas- se le nombró protector de los viajeros.

El culto a la Virgen de la Candelaria, aunque es hoy el más importante, no parece tener la antigüedad de los otros ni una relación tan estrecha con el lugar, como sucede con los ya citados. Sin embargo, la fiesta que se celebra en su honor, cada 2 de febrero, y que por cierto es semejante a la que se efectúa en las Islas Canarias en honor de la Virgen, se incluye desde hace varias décadas en la lista de las celebraciones "pintorescas" de nuestro país, y ha convertido a Tlacotalpan en un lugar de turismo anual. Esta festividad, como muchas otras en México, tiene dos aspectos: el religioso, consiste en llevar la imagen de la Virgen al atardecer, en procesión por algunas calles del lugar, acompañada de los creyentes que portan velas y flores. El recorrido continúa después fluvialmente, en una hilera de barcas que navegan un buen trecho del río para finalmente regresar al templo en el que se efectúa una misa. La parte profana consiste en una feria y en un "fandango". Para

éste se coloca un tablado en el que las parejas, acompañadas por conjuntos musicales "jarocho", danzan huapangos, sones, jarabes y zapateados, refrescándose con los sabrosos "toritos" y efectuándose una verdadera competencia dancística y de resistencia que se prolonga hasta el amanecer.

En distintas etapas de su historia, Tlacotalpan ha llegado a tener momentos cúspides. En 1766 por ejemplo, y con motivo de la guerra de España contra Inglaterra, el virrey José de Gálvez estableció un importante astillero, y el Conde de Regla donó "dineros" para construir galeones; asimismo, se instalaron nuevamente los Hornos del Rey para dotar de ladrillo y cal al puerto de Veracruz. Sin embargo, al conjurarse la amenaza, volvió a su antigua posición, agravándose ésta años después debido al incendio del 7 de octubre de 1788 que prácticamente destruyó al pueblo. El 22 del mismo mes, Bernardo Troncoso, Gobernador de Veracruz, ordenó que en lo sucesivo a "...las construcciones de casas procuren darles regulares distancias entre sí para evitar en lo posible los incendios y que aquellas que se hagan a partir de entonces, lo sean de mampostería".⁽²¹⁾

Hacia 1813, Tlacotalpan tenía cerca de 400 casas de las cuales 45 eran de mampostería y con portales, "...unos sobre arcos y otros sobre pilares, con tejas en sus techumbres... las más situadas en la orilla del río...[el resto era de]...pilares de madera, techos de palma y cercados de tablas y cañas. Tiene dos fábricas de ladrillo y teja y cinco de cal que fabrica para Veracruz".⁽²²⁾ En 1820, por un decreto de la Corte Española, se habilitó como puerto de altura, y en 1825, se estableció en ella el Colegio de Náutica que fue trasladado a Córdoba dos años más tarde. En 1837 se clausuró como puerto de comercio extranjero limitándose al tráfico de cabotaje.

En la segunda mitad del siglo XIX se realizaron una serie de obras que mejoraron su aspecto y la vida de sus habitantes: se construyó el Palacio

(21) Aguirre Tinoco, Humberto. *Tlacotalpan, compilación histórica preliminar de una localidad típica*, p. 16.

(22) "Descripción del pueblo de Tlacotalpan" en Aguirre, Humberto. *Tlacotalpan en el siglo XIX, descripción y documentos históricos*, p. 6.



Municipal, reconstruido en 1946; se inició el primer hospital, terminado hasta 1892, y se construyó el cementerio del cerro de la Soledad, a raíz de dos fuertes epidemias (cólera en 1853 y viruela en 1854); asimismo, se estableció la Escuela Municipal para varones y se erigieron las plazoletas Bravo y Plateros. Sin embargo Tlacotalpan era "... una ciudad comercial de escasa importancia... las goletas de Veracruz se llevan maderas preciosas y frutas; dejan en cambio, los mil objetos necesarios a un pueblo que no fabrica nada".⁽²³⁾ En 1862 se le dio el título de "Villa" y en 1865 recibió la categoría de "Ciudad".⁽²⁴⁾ Para esas fechas mantenía relaciones comerciales importantes con Puebla, Orizaba, Córdoba, Campeche y reanudó su intercambio con La Habana, Marsella, Caracas, Guinea y con algunas zonas algodoneras de los Estados Unidos. Si bien su desarrollo como importante puerto fluvial se mantuvo más o menos estable hasta fines del siglo XIX, en 1905, con la introducción del ferrocarril del Istmo, se retiró definitivamente la Compañía de Navegación, decreciendo totalmente su trascendencia como puerto.

Durante el período porfiriano, Tlacotalpan adquirió cierta importancia comercial; en 1909, varios ingenios funcionaban: el de la Candelaria, el de San Miguel y el de la *Mexican Sugar and Refining Co.* que fue sin duda el mayor relevancia. Tenía también una fábrica de Jabón, "El Fénix" y su población era de 6 000 habitantes.⁽²⁵⁾ Algunas obras urbanas como el parque Zaragoza y otras arquitectónicas como el Casino Tlacotalpeño (1886) y el Teatro Nezahualcóyotl (1898) fueron realizadas en esa importante etapa. Se dice que Porfirio Díaz tuvo mucho que ver con la mejoría de la ciudad en esa época, ya que vivió allí durante varios años, antes de ser Presidente.⁽²⁶⁾

En 1917 prácticamente se paralizó la actividad económica, debido al fracaso de las compañías extranjeras que se habían establecido tiempo atrás,

(23) Biart, Lucien. Op. Cit., en Humberto Aguirre, *Tlacotalpan en el siglo XIX, descripción y documentos históricos*, p. 28.

(24) Galicia, Ildefonso. Op. Cit., p. 15.

25. *Ibidem.*, p. 16-17.

26. Malpica, José María. *Tlacotalpan 1842-1915*, p. XVI.

incluyendo una petrolera recién formada. Tanto la ganadería, la incipiente industria y el comercio, entraron en una fuerte crisis que obligó a emigrar a muchas familias. Después de una importante inundación en 1928 y un fuerte ciclón en 1930 que echó abajo el teatro, además de destruir un gran número de viviendas, se comenzó a reconstruir la ciudad que fue atacada nuevamente por otra fuerte inundación en 1944; lógicamente la destrucción que sufrió la arquitectura tlacotalpeña por esas adversidades, cambió a partir de ese momento, la fisonomía del lugar, como lo evidencian algunas fotografías del libro **Arquitectura Popular de México**,⁽²⁷⁾ publicado en 1954; en ellas, ya aparecen algunas casas con techumbres de lámina, muchas de madera y algunas sin portales. En 1969 fue declarada "ciudad típica" y juntamente fue presa de otra terrible inundación que, según se comenta, ha sido la más devastadora del presente siglo; con esto, Tlacotalpan fue prácticamente abandonada. En 1970 una nueva inundación ocasionó el cierre de la única industria (una empacadora de frutas) y su población entró en crisis. Después, poco a poco algunos habitantes regresaron a repoblar el lugar, que paulatinamente comenzó a recobrar su antiguo ritmo y a recuperar, con algunas innovaciones, su anterior fisonomía.

LA ARQUITECTURA DE TLACOTALPAN

Basta un breve paseo por Tlacotalpan para percatarse de que los siglos coloniales no dejaron ninguna huella significativa en ella. Ni aun sus tres templos actuales, todos reedificados en el XIX y en el XX, nos hablan de un desarrollo económico colonial importante. Pero tampoco la obra del XIX nos modifica la impresión anterior. No hay en Tlacotalpan grandes edificios que nos hablen de épocas de bonanza, no hay grandes soluciones formales y espaciales, no hay edificios públicos, tan queridos durante las décadas porfi-

ristas, que nos manifiesten la complejidad decorativa ecléctica que toda ciudad y pueblo buscó tener -muchísimos sin lograrlo- para demostrar su incorporación al "progreso". Lo que más sorprende entonces, es la sensación que nos invade al recorrerla, sensación de exactitud, de proporción, de equilibrio, de que nada en ella sobra o falta. Lo que en otras partes podríamos sentir como carencia, resulta acá su mejor cualidad. La búsqueda de unidad conceptual de su arquitectura y de su traza, permiten recorrerla sin sobresaltos, sin recursos emocionales exagerados. La sencillez, la claridad, la plástica y lo diáfano del espacio creado son a la vez, sus características y sus virtudes.

ARQUITECTURA Y TRADICION

La tipología arquitectónica en general, consiste en un patio o jardín central rodeado por corredores en dos o tres de sus lados, dependiendo de las dimensiones del terreno. Paralelas a los corredores, se desarrollan dos o tres crujías ocupadas por las diferentes habitaciones que conforman el programa arquitectónico. Una de ellas, la paralela a la calle, alberga la estancia y la recámara principal; en la segunda, contigua a la anterior, se localizan el comedor y una o varias recámaras. En la crujía lateral, se encuentran otras recámaras y servicios tales como cocina, baño, espacio para lavado, etc. Las viviendas modestas cuentan generalmente con las dos primeras crujías y un sanitario aislado, además de una pequeña porqueriza o corral. Este tipo de planta, como ha señalado ya Francisco López,⁽²⁸⁾ sigue la distribución acostumbrada por algunas viviendas del siglo XVII y XVIII, y ofrece una serie de ventajas para el funcionamiento de ciertas costumbres tradicionales de convivencia familiar: una estancia que es controlada, junto con el acceso general, por la recámara principal; un comedor que permite una suficiente iluminación para poder desarrollar en él actividades diversas, y al mismo

(27) García Maroto, Gabriel. *Arquitectura Popular de México*.

(28) López Morales, Francisco. Op. Cit., p. 115.



tiempo ver el jardín y los corredores; una cocina que permite el contacto visual con el patio para vigilar lo que en el se haga, etc.

Una de las características de las viviendas de Tlacotalpan es la utilización de pórticos en las fachadas principales; estos pueden ser adintelados o a base de arcos de diferente tipo que, al igual que en los corredores interiores, descansan sobre columnas de basa y capitel sencillos o sobre pilares, habiéndolos de madera o mampostería. El uso de pórticos en las fachadas, no es exclusivo de Tlacotalpan⁽²⁹⁾ sin embargo parecen ser una tradición del lugar desde el siglo XVII.

Algo marcado también por la tradición y que sigue siendo un rasgo de la arquitectura tlacotalpeña, es el uso de techumbres inclinadas cubiertas a base de tejas, rasgo que comparte con muchos otros lugares de geografías distintas. El perfil de éstas, sin embargo, sufre en Tlacotalpan un cambio de inclinación para diferenciar la techumbre de los pórticos, de la de la vivienda propiamente dicha. Ha sido tradicional también el empleo de ventanas balcón, de proporción vertical y protegidas con balaustas de madera o barras de hierro y es generalizado el empleo de estas proporciones y aun de las rejas, en construcciones contemporáneas. Son tradicionales también la utilización de la escala humana en la arquitectura, así como el ritmo que se logra con el juego de arcos y dinteles que se continúan, a veces ininterrumpidamente a lo largo de toda una cuadra, y que dan al lugar un sentido de proporción y de unidad poco común.

La arquitectura de Tlacotalpan ha sido catalogada como de estructura "neoclásica" y si bien es cierto que la mayoría de los elementos ornamentales provienen del repertorio neoclásico, debe aclararse que en ella hay una libre interpretación de lo neoclásico, debida seguramente a la incorporación tardía de este "estilo". Recordemos que gran porcentaje de la vivienda que hoy vemos en Tlacotalpan fue construida durante la segunda mitad del siglo

(29) Tanto en Teapa, Tabasco como en Pichucalco, Chiapas, es común el empleo de pórticos semejantes a los de Tlacotalpan, aunque con diferencias significativas.



XIX, y mucha aun ya en pleno porfiriato, por tal motivo el "neoclásico" de Tlacotalpan no puede ser interpretado en su contemporaneidad con el que se dio, desde finales del siglo XVIII, en otras regiones de México.

El uso del color ha sido manejado también comunmente como una tradición en la arquitectura tlacotalpeña y al parecer se inició en este mismo siglo, o cuando mucho a finales del XIX. No hemos encontrado documentación anterior a estas fechas que evidencie la peculiar utilización en épocas anteriores, del color que hoy vemos, y que nos lleve a pensar en una relación directa entre éste y la presencia de los grupos negros que, como vimos, abandonaron el lugar en el siglo XVIII. Es posible, sin embargo, que el gusto cromático de los grupos negros -presente por ejemplo en Popayán, Colombia o en Santiago de Cuba- haya permanecido en estado latente en la población mestiza del lugar y se haya manifestado nuevamente durante el porfiriato.

Precisamente después de la inundación de 1970 y debido a que el lugar había sido nombrado "ciudad típica", el Instituto Nacional de Antropología e Historia, intentó intervenir en la "remodelación" del lugar; los tlacotalpeños, celosos de su tradición, no lo permitieron y ellos mismos, según lo narran, se ocuparon de realizarla. Después de veinte años, los tlacotalpeños han demostrado la importancia de ese acto, ya que hoy, su ciudad sigue conservando muchas de las características de antaño, no por una absurda búsqueda de afluencia turística, sino por una plena identificación e integración al lugar y por un profundo cariño y respeto a su tradición.

ARQUITECTURA Y NATURALEZA

Aunque en la actualidad es cada vez más difícil que los asentamientos conserven una congruencia con su entorno natural, Tlacotalpan evidencia todavía una serie de estrechas relaciones con él. El uso de techumbres inclinadas y de aleros que sobresalen los paños de los pórticos, obedece a razones climáticas. El propio uso de pórticos, que genera una doble fachada en los

edificios, es respuesta a la búsqueda de una doble protección: al asoleamiento excesivo y a la intensidad de la lluvia. Las ventanas enrejadas de proporción vertical que se desplazan a lo largo de muros paralelos, permiten crear ventilaciones cruzadas que mantienen frescos los espacios interiores y a su vez, facilitan el contacto visual, auditivo e incluso olfativo con el patio interior jardinado y con la calle.

Los materiales que se emplean en la construcción de las viviendas son la madera, el ladrillo, la piedra, la teja y en un mínimo porcentaje, el concreto. Si bien los cuatro primeros fueron materiales regionales en épocas pasadas, por lo que se convirtieron en tradicionales, hoy pervive su uso por la generosidad que brindan en climas como el que nos ocupa.

El partido arquitectónico a base de un patio jardinado centralizado permite iluminar y ventilar, a un mismo tiempo, los espacios interiores a la vivienda; los portales que rodean el patio y los que forman la fachada principal, controlan y tamizan la cantidad de luz, de viento y de sonidos que provienen del exterior. El patio jardinado admite además la posibilidad de cultivar algunos árboles frutales, yerbas útiles para guisos y remedios, y la presencia de aves tropicales que ponen en contacto al habitante de la vivienda con una naturaleza un tanto doméstica, a la vez que le permiten una cierta autosuficiencia económica gracias a la producción y cultivos caseros.

Tanto la ubicación del baño, un tanto aislado del resto de la casa, como de la cocina y aun del comedor, se basan también en aspectos físicos como la ventilación, asoleamiento e iluminación. La altura de las techumbres, responde a la necesidad de volúmenes de aire sanamente respirable en los interiores y a factores térmicos. Son pues muchísimas las relaciones que todavía hoy podemos encontrar entre la arquitectura de Tlacotalpan y la naturaleza, y éstas se extienden aun al aspecto urbanístico como se demuestra, por ejemplo, en la traza de calles y callejones. Las calles principales están orientadas norte-sur lo que permite que las casas, cuyos accesos se encuentran protegidos por los pórticos, se cubran del asoleamiento directo y tengan una ventilación cruzada; los callejones, perpendiculares a las calles, tienen una pen-

diente mínima hacia el río y permiten, cuando las inundaciones no alcanzan niveles muy altos, formar pequeñas barricadas que impiden la inundación de las calles. Hay sin embargo dos visibles relaciones que no existen y que resultan contrarias a la naturaleza del lugar. Una se refiere a lo urbanístico y es la ubicación del cementerio en el cerro de La Soledad; éste se localiza al norte del asentamiento, precisamente por donde entran los vientos marítimos del Golfo. La otra se refiere a lo arquitectónico y es el hecho de que, a pesar de las constantes inundaciones, no ha existido la costumbre de desplantar las casas sobre plataformas que eleven, suficiente y eficazmente, su nivel por encima del de las calles y que impidan que el agua penetre al interior de las viviendas.

LA ARQUITECTURA Y LO HUMANO

Si, como dijimos al inicio, referimos lo humano particularmente a la satisfacción de necesidades del ser humano, no podemos desvincular las necesidades de un tlacotalpeño de su entorno, no únicamente físico, sino también cultural y sensorial. Si existen una serie de necesidades tales como leer, desarrollar oficios diversos tales como la mecánica, la carpintería, el tejido o la costura, etc. es necesario tener un espacio a cubierto, pero eficientemente ventilado e iluminado para satisfacerlas; los corredores o pórticos, principalmente los interiores a las casas, permiten esto. Pero el ser humano, también tiene necesidad de comunicarse y convivir con sus semejantes, de recrearse con las actividades colectivas; el pórtico exterior le permite la satisfacción de estas, en él, no sólo juegan los niños, en él también los adultos charlan, los enamorados flirtean, se espera a los proveedores: el panadero, la dulcera, la frutera, etc., en ellos se duerme la siesta en ventiladas hamacas, y en las noches frescas se admira la luna mientras se convive, ocasionalmente, con los esporádicos transeúntes desvelados.

Para una gente que vive en mayor contacto con la naturaleza y que desempeña su trabajo en espacios abiertos, es una necesidad habitar en espa-

cios amplios, y si por economía esto no es posible, por lo menos crea espacios que estén en permanente contacto visual con el exterior. Los pórticos nuevamente permiten esa satisfacción pues funcionan como gradación entre el espacio habitable y el espacio abierto. Una necesidad elemental es la conservación de la escala humana tanto en la calle como en las habitaciones, esto origina en el tlacotalpeño un sentimiento mayor de pertenencia y de identificación con su entorno; así, la proporción entre la altura máxima de las techumbres de las casas y la escala humana es 2:1 y en casos extremos llega a ser 3:1.

El pórtico adquiere en Tlacotalpan una serie de características que lo convierten en un elemento muy particular. Es rara la vivienda que no lo tiene, por lo que las calles se convierten en áreas que, además de tener una banqueta peatonal, comparten el espacio con una secuencia longitudinal, casi ininterrumpida, de columnatas y arcadas que nos permiten recorrer buena parte de las calles a cubierto y en un ambiente generoso, fresco, estético, y terriblemente dinámico. Los portales se convierten así, en una serie de corredores que se suceden uno tras otro sin que llegue a percibirse esta secuencia como un espacio totalmente alargado, ya que se interrumpe en cada división de predio, por un arco de peralte diferente, por un cambio mínimo de nivel y aún por un distinto diseño de pavimento; asimismo, se percibe fraccionado por las desiguales alturas de las techumbres, por los múltiples tipos de columnas y pilastras, por la rítmica presencia de arcos o dinteles y por la rica y contrastante cromatología empleada. Estas divergencias, originan que las sombras proyectadas sobre los pisos y los muros de la fachada interna, sean de muy variados perfiles y dimensiones, y fuertemente dinámicas por la diferente inclinación de los rayos solares a lo largo del día.

Los corredores, en el sentido transversal, no dejan de ser menos plásticos a pesar de que cada una de las dos fachadas que los conforman se encuentran separadas, cuando mucho a dos metros y medio una de la otra; su estética se debe principalmente al contraste que presentan entre sí. La fachada exterior, a base de columnas o pilastras que sostienen arcos o dinteles,

evidencia el dominio del vano sobre el macizo, el cual se desdibuja aún más cuando las sombras proyectadas en la fachada interna son más intensas. La fachada interior, por su parte, afirma el dominio del macizo sobre el vano a pesar de las ventanas balcón y de la puerta de acceso a la vivienda. Ambas fachadas, en su alternancia de vano y macizo, nos anuncian virtualmente lo que guardan detrás: la exterior, en su predominio del vano, nos lleva a la calle, al espacio abierto, en tanto que la interior, en la preponderancia de su masa, nos anuncia y nos transporta al espacio cerrado de la vivienda.

Como ya dijimos, son mínimas las variantes formales y ornamentales entre las fachadas que se continúan, una tras otra, a lo largo de una calle. Por esta razón, el tlacotalpeño ha buscado la forma de romper esa similitud entre las viviendas por medio del color. La cromatología usada en cada una, no sólo diferencia el territorio de cada familia sino, además, identifica la personalidad de sus miembros. Pero no es el color lo que caracteriza a Tlacotalpan, sino más bien la manera como se combinan los colores; rojo junto a verde, amarillo con rosa, crema con añil, usados indistintamente en muros, enmarcamiento de vanos, molduras de cornisas y capiteles, etc. Gracias a esto, resulta muy rica la experiencia de caminar bajo los portales y percibir cómo los ambientes cambian; si todos los portales fueran cromáticamente uniformes, la sensación al recorrerlos sería pesadamente monótona, en cambio, gracias al manejo contrastante del color, percibimos cada portal y cada vivienda como espacios plenamente individualizados. La variable combinación de colores, de pórticos a base de columnas o pilares, de paramentos lisos o coronados por cornisas, de diferentes tipos de capiteles y basas, y de arcos o dinteles, hace que cada casa de Tlacotalpan tenga una personalidad individual y claramente definida; con esto no sólo se logra satisfacer la sensibilidad estética del habitante, sino más aún, la satisfacción de aquella necesidad humana de ser y poseer una individualidad.



LA ARQUITECTURA Y LO SOCIAL

La presencia de los portales en las casas de Tlacotalpan permite convertir el espacio semiprivado de éstos, en un espacio público que puede ser usado por la comunidad como un gran paraguas, bajo la fresca e intensa lluvia tropical o como lineal y protectora sombrilla cuando el rigor del sol es excesivo. El umbral, ese espacio constituido por los portales y que separa el espacio colectivo de la calle del íntimo interior de la vivienda, ha sido puesto al servicio de las necesidades y actividades humanas. Por una parte, evita el áspero cambio que podría sentirse al pasar directamente de una a otra área, y por otra, propicia, como ya se dijo, una serie de actividades de convivencia colectiva. Bajo los portales, también la gente se sabe protegida pero sin sentirse limitada o encerrada; en Tlacotalpan parecería existir una fuerte relación entre el espacio abierto, ventilado y parcialmente público de sus portales y la vida tropical pausada, colectivizada, abierta y menos prejuiciada de sus habitantes.

Debemos mencionar por último que Tlacotalpan nos permite, como lo hemos visto a lo largo de este trabajo, evidenciar la estrecha relación que existe entre los sucesos históricos de un lugar específico y las soluciones arquitectónicas y urbanísticas dadas. Los tlacotalpeños, en respuesta a su historia, han buscado soluciones arquitectónicas y urbanas que responden a sus dinámicas y cambiantes necesidades individuales y colectivas y que van desde las meramente físicas hasta aquellas que se relacionan con aspectos psicológicos y aun estéticos.

BIBLIOGRAFIA

AGUIRRE Tinoco, Humberto, (1975) (recopilador), **Tlacotalpan en el siglo XIX; descripciones y documentos históricos**. Tlacotalpan. Museo "Salvador Ferrando".

-----, (1972) **Tlacotalpan, Compilación Histórica preliminar de una localidad típica**. México. Dirección General de Arte Popular, Secretaría de Educación Pública.

ALONSO, Martín, (1982) **Enciclopedia del Idioma**. 3 tomos. Madrid. Aguilar.

BENAVENTE Toribio de, (fray), Motolinia, (1971) **Memoriales o Libro de las Cosas de la Nueva España y de los Naturales de ella**. Edición, Edmundo O'Gorman. México. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Históricas. (Serie historiadores y cronistas de Indias, 2).

CAMPOS, José Angel, (1974) "La arquitectura vernácula en México" en, **Cuadernos de arquitectura virreinal**. N°4. México. Facultad de Arquitectura, División de Estudios de Posgrado, Universidad Nacional Autónoma de México.

CESAR N., Juan, (1973) **Tlacotalpan 1859**. México. Ed. Citlatépetl.

GALICIA Morales, Ildefonso (1977) et. al., "Tlacotalpan, modelo para la reutilización de un centro histórico en desuso". Tesis. México. Universidad Nacional Autónoma de México-Escuela Nacional de Arquitectura.

GALVEZ González, Miguel Angel, "Tlacotalpan, Veracruz" en, **Boletín Monumentos Históricos**, N°8. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia. 1982. p. 93-106.

GARCÍA Maroto, Gabriel, (1954) **Arquitectura Popular de México**, Intr. de Carlos Chávez y presentación de Enrique Yáñez. México. Instituto Nacional de Bellas Artes.

LOPEZ Morales, Francisco Javier, (1987) **Arquitectura Vernácula**. México. Editorial Trillas.) p. 94-120.

MALPICA, José María, (1974) **Tlacotalpan 1842-1915**. México. Ed. Citlaltépetl. (Colección Suma Veracruzana, Serie Historiográfica).

MAYA Rubio, Víctor José, (1982) **La vivienda indígena de México y del mundo**. México. Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades.

SCHOENAUER, Norbert, (1984) **6 000 años de Hábitat. De los poblados primitivos a la vivienda urbana en las culturas de oriente y occidente**. Barcelona. Gustavo Gili. (Col. Arquitectura Perspectivas).



Detalle del Templo de Khandariya Mahadevy. Khajuraho, S. X-XI, India.

TEORIA